

idioma de uso. Después de analizar dichas conclusiones, comienza a analizar los diferentes materiales publicados en Galicia sobre Cultura Clásica (D. C. B., ejemplificaciones didácticas, recursos para gallego, etc.).

José Manuel Santiago Ángel estudia la elaboración científica de un vocabulario nuclear para la enseñanza del latín. Este autor muestra la escasa atención dedicada al estudio del léxico en los libros de texto de latín, la importancia a efectos didácticos de fijar un vocabulario para el latín y cómo se puede hacer esto con criterios científicos. El artículo de Cirilo García Román *La informática en la enseñanza e investigación de las lenguas clásicas: posibilidades teóricas y realidades concretas* nos muestra las posibilidades que la informática ofrece a nuestro trabajo, matizando que su uso no es una panacea y que no nos exime del ejercicio de pensar.

Por último, la obra se completa con las conclusiones de una mesa redonda en la que se trató de las relaciones entre dos ámbitos educativos tan próximos y a la vez tan alejados como la Universidad y Centros de Enseñanza de Secundaria. La puesta en común de docentes de Secundaria y Universidad logra poner de manifiesto los principales problemas existentes en este campo.

Celia FERNÁNDEZ CORRAL

MORALA RODRIGUEZ, José Ramón, *Toponimia de la comarca de Los Oteros (León)*, Diputación provincial de León, 1989, 644 páginas.

La obra del profesor Morala Rodríguez, *Toponimia de la comarca de Los Oteros (León)*, es un estudio de la toponimia recogida en los términos de doce pueblos situados al Sur de la provincia de León, más concretamente en la comarca de Los Oteros. Se trata de un trabajo científico riguroso, en el que la claridad y exactitud abren el camino a una lectura atenta y precisa.

Como ya hemos señalado, la obra constituye el resultado del estudio de la toponimia recogida en los doce pueblos pertenecientes a la comarca de Los Oteros. Diez de estos pueblos -Corbillos, Cubillas, Gigosos, Jabares, Morilla, Nava, Pobladura, Rebollar, San Justo y Velilla- pertenecen propiamente a la comarca de Los Oteros, mientras que los dos restantes -Cabreros y Fresno- se enmarcan dentro de la ribera del río Esla, situado en el extremo más occidental de la zona de estudio; de ahí que durante toda la obra se haga uso de la denominación Esla - Oteros que resulta más aclaratoria que la genérica Los Oteros, la cual podría inducir a confusión.

La estructura de la obra es muy clara: en unas palabras preliminares se justifica cuál es la finalidad del estudio llevado a cabo, a continuación se expone, por un lado, el siempre necesario marco geográfico e histórico en el que se inscribe la comarca estudiada, y, por otro, las fuentes y métodos de recopilación de los dos mil seiscientos ochenta y cuatro topónimos que forman la obra, seguidamente el estudio de la toponimia mayor y menor del que se derivan unas conclusiones y, por último, la bibliografía utilizada para la confección de la obra así como un completo índice toponímico.

Tomando la toponimia como base de estudio, y como confiesa el propio Morala, "se pretende analizar y situar dentro del mosaico heterogéneo que forman las hablas

leonesas, la correspondiente a una de las comarcas históricamente más representativas del sudeste del antiguo Reino de León que, por su situación geográfica, constituyó en el pasado parte de la frontera lingüística divisoria entre las hablas leonesas y las castellanas" (p. 7). Se trata, por consiguiente, de una comarca clave que ayudará a establecer con claridad las siempre difíciles isoglosas que separan el sistema lingüístico leonés del castellano.

La descripción geográfica de la zona de estudio es ejemplar. Morala, conocedor de la importancia de saber conjugar en todo estudio toponímico serio geografía y toponimia, presenta los tres tipos de terrenos -terrenos de ribera, terrenos ondulados y zona de transición entre los dos terrenos citados - predominantes en la comarca Esla - Oteros, la hidrografía y cultivos propios de ésta y el tipo de gentes que la habitan.

Respecto a las vicisitudes históricas, se distinguen tres tipos de emplazamientos de población característicos del área de estudio: emplazamientos prerromanos hoy ya deshabitados -Los Castros, p. ej.-, emplazamientos romanos -Las Lentejeras, en Velilla; La Brujal, en Fresno, entre otros- y un gran número de emplazamientos medievales -El Monesteruelo, en Velilla; San Pedro, en Cubillas; Las Cortecillas, en Fresno, entre otros-. Consecuentemente, a partir del conocimiento de este intenso poblamiento se han podido interpretar una serie de topónimos cuya interpretación pasa por el nombre de los propietarios de la época: Rodilán, La Vizana, Las Cabijanas, Orejanes, etc.

Cuestión también histórica y muy importante para el estudio de la toponimia es todo lo relativo al mundo agrícola: los antiguos propietarios, la progresiva roturación de terrenos, numerosos tipos de terrenos, zonas de pasto, partidas, etc. dan lugar a denominaciones que acaban fijándose en la toponimia. Como afirma el propio autor, "el corpus toponímico de una zona dada encierra un gran número de datos sobre el pasado histórico de los lugares a que se refiere" (p. 18).

En cuanto a las fuentes y métodos de recopilación toponímica, diferencia el autor la revisión de los documentos antiguos de la encuesta oral. La revisión de la documentación antigua se ha efectuado sobre cuatro fuentes principales: cartulario de los monasterios de Ardón (Rodríguez Fernández, 1964), Sahagún (Mínguez, 1976) y Carrizo (Casado Lobato, 1983); documentación de la Catedral de León (Ser Quijano, 1981); el Becerro de Presentaciones (Fernández Flórez, 1984) y fuentes documentales modernas (siglos XVII-XVIII) entre las que destacan la documentación eclesiástica y el Catastro del Marqués de Ensenada (CME) de 1752. Por su parte, la encuesta oral se ha efectuado en dos partes: en primer lugar, se realizó una encuesta directa sobre los términos de los doce pueblos estudiados recogiendo, sin incluir al informante, los nombres de lugar que éste daba a las zonas por las que pasaba. En una segunda encuesta, se preguntaba por los nombres de topónimos que habían aparecido en la documentación revisada y que no habían sido mencionados en la primera encuesta.

Realizada la encuesta y unidos los datos obtenidos de la revisión de los documentos antiguos y modernos, Morala indica haber recogido dos mil seiscientos ochenta y cuatro topónimos que clasifica en tres bloques: topónimos que aparecen en la documentación antigua y que continúan siendo formas usuales en la actualidad (31,8%), topónimos que se registran hoy, pero que no figuran en la documentación, por lo que en principio se trata de formas de creación reciente (18,4%); topónimos que aparecen en mayor o menor medida en la documentación y que hoy son completamente desconocidos como tales

(casi la mitad del total de las formas registradas, lo que da una idea del continuo proceso de renovación que sufre la toponimia menor).

Nos hemos detenido en el análisis de estas primeras partes de la obra porque nos parecen metodológicamente muy claras para todo estudio toponímico serio.

En la cuarta y quinta parte de la obra, nos encontramos con el estudio toponímico de la comarca estudiada. Se diferencia el análisis de la toponimia mayor de la toponimia menor. En el capítulo correspondiente a la toponimia mayor, se incluyen los nombres de los doce pueblos sobre los que se efectúa el estudio de la comarca, el nombre de la comarca Los Oteros, el río que la delimita por uno de sus lados -el Esla - y el nombre de un arroyo, el Valdearcos, que cruza de NO a SE Los Oteros y el Esla para desembocar en éste por Fresno. La exposición del estudio etimológico de los topónimos es ejemplar y clara: se realiza, en primer lugar, la localización y descripción geográfica de éstos; a continuación, se nos presenta la documentación medieval y moderna en que éstos aparecen para acabar con la explicación de su etimología a partir de la exposición de diversos caminos interpretativos. Si la solución no es segura, se nos indica con toda claridad y honradez.

En el análisis de la toponimia menor, Morala distribuye los topónimos en doce campos semánticos: las formas de relieve, los tipos de terreno, situación y aspecto del terreno, hidrología, agricultura, fitología, zoología, hábitat humano, vías de comunicación, límites, propiedades y religión. En un capítulo aparte, se incluyen los topónimos que no pueden encuadrarse en ninguno de los campos semánticos indicados, así como los topónimos de interpretación dudosa. Al igual que en la toponimia mayor, la exposición del estudio etimológico es ejemplar y clara, aunque ligeramente diferente. Se presenta, en primer lugar el lema (Bueno, p. ej); seguidamente todos los topónimos que contiene este lema (La Tabla Buena, p. ej.) y el término de la localidad en que éstos se documentan; a continuación, se nos expone su explicación geográfica y semántica tan necesarias para vislumbrar su etimología; finalmente, se nos indica la documentación medieval y moderna en que aparece cada topónimo para pasar a abordar su posible origen etimológico.

En las conclusiones, Morala señala que los topónimos "se convierten en verdaderos, y a veces únicos, testigos de una realidad hoy desaparecida o al menos bastante modificada" (p. 593). Pueden, por tanto, de este modo fijarse isoglosas históricas que delimiten las hablas leonesas de las castellanas. En cuanto a las isoglosas fonéticas que permiten hablar de sistema lingüístico leonés frente a castellano, Morala indica la conservación de / f-/ en topónimos como *Figal, *Fito, *Fornillo, etc frente a *Horca y *Hoyo; la palatalización de / l-/ (Lorba, *Llanera, *Llágano) frente a su conservación (Linar, Laguna, etc); la solución / x/ para PL- y KL- en topónimos como jano (<PLANU) y josa (<CLAUSA), respectivamente; la diptongación de / o/ ante yod que parece darse en Refuella (<FOLLE) aunque no en Pollo (<PULLU) y la cerrazón de vocales átomas tal como queda manifiesto en Coguilla por Cogolilla, Ubieco por Obieco y Vizana por Vezana, entre otros.

Es también importante prestar atención a las cuestiones morfológicas que se derivan del análisis toponímico. Como indica el autor, "el sistema de creación de plurales es muy frecuente en toponimia menor y no responde a un plural etimológico sino que se crea sobre el propio topónimo ya fijado como tal" (p. 605). Así está documentado el nombre

de *Cortecilla* como un asentamiento medieval a partir del cual se crea el de *Las Cortecillas* para designar el conjunto de fincas o pagos que integraban tal asentamiento. Por otro lado, entre los topónimos recogidos, hay algunos que proceden de casos diferentes al acusativo: *Orejanes* (<AURELIANIS) y *JABARES* (<SAVARIS).

Por su parte, el gran número de voces pertenecientes al léxico propio del Noroeste Peninsular contrasta con aquellas voces de creación moderna emparentadas con el castellano. Del mismo modo, existe en la toponimia de la comarca algunos topónimos que sólo se explican por medio de la evolución fonética propia de los mozarabismos (*Planada, fagata*, etc.)

En definitiva, nos encontramos ante un trabajo ejemplar, capaz de combinar el rigor y la exactitud científicos con el entusiasmo y el atractivo filológicos, que constituye una obra de consulta imprescindible para todo aquél que decida adentrarse en el conocimiento y análisis del misterioso mundo de la toponimia.

Moisés SELFA SASTRE

PUERTO, José Luis. *Señales*. Madrid: Hiperión, 1997. 104 pp.

El poeta José Luis Puerto (La Alberca, Salamanca, 1953) es autor de varios libros de poemas: *El tiempo que nos teje* (1982), *Un jardín al olvido* (1987), *Paisaje de invierno* (1993) y *Estelas* (1995), y de las prosas poéticas tituladas *Las cordilleras del alba* (1991). El nuevo poemario, *Señales*, viene avalado por el VII Premio "Gil de Biedma" de la Diputación Provincial de Segovia. El título procede, sin duda, de una cita de Novalis que encabeza el conjunto de poemas: "Aún son pocas las señales de nuestra revelación"; junto a esta cita, nos interesa otra de Santa Teresa: "Porque junto con las palabras, muchas veces, por un modo que no sabré decir, se da a entender mucho más de lo que ellas suenan". Tanto una como otra cita nos hablan de algo que está más allá de lo nombrado, justamente algo que la propia palabra poética pretende *revelar*, guiada acaso por esas *señales* que el romántico alemán descubre. Y es que José Luis Puerto entiende la poesía -lo veremos detenidamente al final de este comentario- como revelación o, dicho de otra manera, como trascendencia. En la actualidad parece dominar un sentido de la palabra demasiado explícita, que pretende narrar -poéticamente, claro es- una experiencia común; la mayoría de las veces se queda en eso, sin lograr levantar el vuelo, pues lo que se nos cuenta es lo que ya de antemano sabemos y esperamos, sin crear expectativas ni apertura hacia nuevos horizontes; se le ha llamado "poesía de la experiencia". En el frente opuesto se alza una poesía relativa y voluntariamente hermética, de discurso fragmentario muchas veces, que no quiere traer al poema experiencias ordinarias, sino crearlas en el poema. En aquella se narra una experiencia; en ésta, la experiencia es el propio poema. Poesía "gratificacionista" frente a poesía "perturbacionista", según escribió Juan Carlos Suñén. No son las dos únicas vías existentes en la actualidad. Hay, además, voces que entienden la poesía como conocimiento y revelación; para esta poesía, las cosas son signos, *estelas, señales* de algo que está más allá de las cosas mismas, algo que acaso no se pueda definir con precisión, pues sólo la palabra poética -imbuida de intuición y reflexión- puede alcanzarlo (conocerlo) y, en los casos mejores, revelarlo. Poesía trascendente es ésta, en efecto, que se manifiesta dentro de la tradición reciente en diferentes voces, aunque acordadas en su